

---

**CRUCIFICADO A MI**

---

(Gálatas 6:14)

**S**eparados de este mundo y para Dios, es el principio de la vida cristiana. Cuando Juan recibió su revelación de Cristo Jesús vio dos extremos irreconciliables, dos mundos tan distintos como lo está un polo del otro. Primero fue llevado en el Espíritu a un desierto para ver a Babilonia, la madre de las ramerías y de las abominaciones de la tierra (ver Apocalipsis 17:3). Luego, fue llevado en el mismo Espíritu a un monte grande y alto para ver a Jerusalén, la novia, la esposa del Cordero (ver Apocalipsis 21:10). El contraste es claro y no podría explicarse de mejor manera.

No importa si somos similares a Moisés o a Balaam, pues para poder tener el mismo punto de vista de Dios, debemos ser llevados como Juan a la cima de un monte. Muchos creyentes no pueden ver el propósito eterno de Dios, pero llegan a visualizarlo, lo comprenden sólo como una doctrina estéril, conformándose con permanecer en las llanuras. La simple comprensión jamás nos impulsará, únicamente lo hace la revelación. Desde el desierto, podremos divisar algo de Babilonia, pero necesitamos la revelación espiritual para ver la nueva Jerusalén de Dios.

Una vez que la hayamos visto nunca más volveremos a ser iguales. Por tanto, como creyentes todo depende de ese abrir de ojos y, para experimentarlo, debemos estar preparados para abandonar los niveles acostumbrados y comenzar a ascender.

Babilonia, la Gran Ramera, es denominada en la Escritura como "...la gran ciudad..." (16:19), por mantener su presunción de



grandeza. En contraste Jerusalén, la esposa, es la "...la gran ciudad santa..." (21:2,10) enfatizando su separación para Dios. Es de Él y está dispuesta "para su marido". Por esta razón posee Su gloria. Esto es algo que todos podemos percibir. La santidad en nosotros le pertenece a Dios y está completamente separada para Cristo. Se fundamenta en la regla que sólo aquello que tiene origen celestial allí retorna, pues nada más es santo. Si abandonamos el principio de la santidad, al instante nos encontraremos en Babilonia.

Por esta razón lo primero que menciona Juan en su descripción de la ciudad es el muro. Se encuentran las puertas que permiten a Dios moverse, pero el muro es mencionado con prioridad. Insistimos, la separación es el primer principio de la vida cristiana. Si Dios quiere su ciudad con sus medidas y su gloria en "aquel día", entonces debemos construir ese muro en los corazones ahora. Esto, en la práctica significa que debemos guardar y valorar todo cuanto es de Dios y rechazar aquello que pertenece a Babilonia, lo cual no implica una separación entre creyentes. Y aun cuando no participemos en algunas de las cosas que estos creyentes hagan, no debemos excluirlos. Nuestro deber es amarlos y recibirlos aunque seamos infl exibles en nuestra separación con el mundo.

Nehemías logró reconstruir el muro de Jerusalén, aunque tuvo que enfrentar con firmeza una gran oposición. Satanás odia y no puede tolerar que los hombres se separen para Dios. Nehemías y sus colegas se armaron y así equipados para la guerra, reedificaron piedra sobre piedra. Este es el precio de la santidad y debemos estar preparados para pagarlo.

Sin lugar a duda, debemos edificar. Edén era un jardín que no tenía ningún muro artificial que mantuviera alejados a los enemigos, de modo que Satanás tenía acceso libre para entrar. Dios

quiso que Adán y Eva lo guardaran (Génesis 2:15), constituyéndose en una barrera moral para el maligno. Hoy, por medio de Cristo, Dios propone tener en el corazón de su pueblo redimido un Edén, al que en triunfante realidad, Satanás no tendrá finalmente acceso moral alguno. “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27).

La mayoría de nosotros estaría de acuerdo en aseverar que al apóstol Pablo le fue dada una revelación especial de la Iglesia de Dios. De un modo similar percibimos que el Señor le dio a Juan una comprensión especial de la naturaleza del mundo. *Kosmos* es en verdad una palabra especial de Juan. El Evangelio de Mateo la menciona nueve veces, Marcos y Lucas tres cada uno, para un total de quince veces, mientras que Pablo la menciona cuarenta y siete veces en sus ocho cartas. Pero Juan la utiliza ciento cinco veces en total; setenta y ocho en su Evangelio, veinticuatro en sus epístolas y tres más en Apocalipsis.

En el capítulo 2 verso 16 de su primera epístola Juan escribe: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”. En estas palabras, que reflejan claramente la tentación de Eva (Génesis 3:6), Juan define lo que es del mundo. Todo cuanto está incluido bajo concupiscencia o deseo primitivo, todo aquello que excita la ambición desmedida y que despierta en nosotros el orgullo o el encanto de la vida, forman parte del sistema satánico. Quizá no sea necesario detenernos a considerar las dos primeras, pero pensemos por un momento en la tercera. Todo cuanto despierta orgullo en nosotros es mundano, la distinción, las riquezas y hazañas, el mundo las aplaude. El hombre se enorgullece justamente del éxito, pero Juan tilda todas estas sensaciones como “del mundo”.

Por tanto, todo éxito que experimentamos (¡y no estoy sugiriendo que debemos fracasar!), debe producir en nosotros al instante una humilde confesión de su inseparable pecaminosidad, pues cuando obtenemos un triunfo, hemos tomado contacto en algún grado con este sistema mundano. Cuando sentimos complacencia por algo que hemos logrado, sabemos al instante que hemos entrado en contacto con el mundo y que por lo tanto, nos colocamos bajo el juicio de Dios. Acaso, ¿no concordamos en que todo el mundo está bajo Su juicio? Ahora pues (y procuremos comprender este hecho) aquellos que son conscientes de esto y confiesan su necesidad están salvaguardados.

No obstante, el problema es: ¿cuántos de nosotros somos conscientes? Aun para quienes vivimos consagrados a nuestros hogares estamos muy propensos a caer, víctimas del orgullo de la vida, igual a quienes obtienen grandes triunfos públicos. Una mujer en una humilde cocina puede entrar en contacto con el mundo y su complacencia aunque se encuentre preparando los alimentos diarios o mediante el servicio a sus invitados. Toda gloria que no es dada a Dios, es vanagloria y es asombroso cómo pequeños éxitos pueden producir esa vanagloria.

Cuando caemos en el orgullo nos unimos al mundo y de inmediato tenemos una pérdida en nuestra comunión con Dios. ¡Oh, que Él nos abra los ojos para ver claramente lo que en realidad es el mundo! No sólo lo malo, sino todo aquello que nos aleja de Dios, aunque sea muy sutil, forma parte del sistema que es opuesto a Él. La satisfacción en el logro de algo legítimo tiene el poder de colocarse instantáneamente entre nosotros y Dios. Pero si despierta en nosotros el orgullo de la vida y no la alabanza de Dios, podemos saber con toda certeza que hemos entrado en contacto con el mundo. Hay pues una constante necesidad de velar y orar si hemos de mantener inmaculada nuestra comunión con Él.

¿Cómo podemos escapar entonces de este lazo que el maligno ha tendido para el pueblo de Dios? En primer lugar, debemos señalar enfáticamente que no lo lograremos simplemente alejándonos, pues muchos piensan que podemos escapar del mundo sólo con abstenernos de todo cuanto nos ofrece. Es una necesidad. ¿Cómo podríamos escapar de este sistema utilizando métodos que a fin de cuentas son poco más que mundanos? Recordemos las palabras de Jesús en Mateo 11:18, 19: “Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos”. Algunos podríamos pensar que Juan el Bautista nos ofrece aquí una receta para escapar del mundo pero el “no comer ni beber” no es cristianismo. Cristo comió y bebió y ¡esto sí es cristianismo!

En Colosenses 2:20-22 la Escritura nos dice: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? De modo que la abstinencia es simplemente mundana y nada más. Entonces, ¿qué esperanza tenemos para escapar de este sistema utilizando elementos mundanos? Sin embargo, ¡cuántos creyentes sinceros abandonan toda clase de placeres terrenales esperando que de este modo serán librados del mundo! Podremos convertirnos en ermitaños viviendo aislados en algún lugar remoto y pensar que de este modo escaparemos del mundo, pero éste aun allí seguirá nuestras pisadas y nos encontrará dondequiera que pretendamos escondernos.

Nuestra liberación inicia no al dejar esto o aquello sino al ver, tal como si fuera a través de los ojos de Dios, que este es un mundo que está bajo sentencia de muerte, utilizando la figura

con la cual comenzamos este capítulo: "...Ha caído, ha caído la gran Babilonia..." (Apocalipsis 18:2). Ahora bien, una sentencia de muerte se decreta sobre quienes están vivos, no sobre los muertos; y en cierto sentido, el mundo es una fuerza viva que inexorablemente persigue y busca a sus súbditos. Sin embargo, Aunque en verdad tal sentencia sea para el futuro, es certera. Una persona sentenciada a muerte no tiene más futuro que el delimitado por su celda de condenado. De igual forma, este mundo al estar bajo sentencia, no tiene futuro y dicho sistema mundano no ha concluido y aún no ha sido ajusticiado por Dios, pero que Él lo llevará a cabo es algo seguro. Todo cambia en forma radical cuando nosotros lo vemos. Algunos buscan la liberación de este mundo a través del ascetismo y como el Bautista, no comen ni beben. Tal comportamiento en nuestros días es budismo y no cristianismo. Como creyentes comemos y bebemos, pero lo hacemos siendo conscientes que esta práctica pertenece al mundo y que junto a éste, están bajo sentencia de muerte. Por lo tanto, no pueden ferrarse a nosotros.

Supongamos que las autoridades municipales decretaran que la escuela donde trabajas ha de cerrarse. En cuanto te enteras de esta noticia comprendes que no hay futuro para ti en ese lugar. Podrás continuar trabajando allí por cierto tiempo, pero no estarás asegurando nada para el futuro. Tu actitud hacia la escuela cambia en el instante en que oyes que se clausurará. Utilizando otra ilustración, suponiendo que el gobierno decide cerrar cierto banco, ¿te apresurarás a depositar en dicho banco una gran suma de dinero para poder salvarle de la ruina? No; ni un centavo más depositarás allí tan pronto sepas que no tiene futuro. No depositas nada pues no se espera nada de él.

Y en verdad que este mundo está bajo un decreto de clausura. Babilonia cayó cuando sus seguidores "Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores

y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles” (Apocalipsis 17:14). No hay futuro para ella.

Una revelación de la cruz de Cristo involucra para nosotros el descubrimiento de este hecho, y que por medio de ella todo cuanto pertenece al mundo está bajo sentencia de muerte. Seguimos viviendo en el mundo y utilizamos las cosas mundanas, pero no podemos formar un futuro con ellas, pues la cruz ha deshecho toda la esperanza que teníamos en éste. La cruz de nuestro Señor Jesucristo, ha arruinado nuestras perspectivas en este mundo, por decirlo así, y no hay nada que valga la pena por lo cual vivir.

No existe manera alguna para salvarnos del mundo que no comience con tal revelación. Sólo necesitamos escapar de éste para descubrir cuánto lo amamos, y cuánto nos ama. Podemos huir procurando evitarlo, pero con seguridad nos encontrará. Cuando comprendamos que está condenado, perderemos todo interés en el mundo y éste ya no ejercerá su poder sobre nosotros. Ver esto equivale automáticamente a ser cortado de forma total de la economía de Satanás.

Al final de su carta a los Gálatas Pablo lo dice muy claramente: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (6:14). ¿Qué es lo que se destaca en este versículo? En cuanto al mundo, habla de los dos aspectos de la obra de la cruz. Yo he sido crucificado al mundo, es una declaración que podemos encajar fácilmente dentro de nuestra comprensión de lo que significa estar crucificado con Cristo, tal como se define en otros pasajes como Romanos 6. Pero también dice específicamente en este pasaje de Gálatas que el mundo me es crucificado a mí. Cuando Dios se nos acerca con la revelación de la obra de Cristo concluida, no sólo nos muestra a noso-

tros allí en la cruz, sino que nos hace ver que nuestro mundo también está allí. Si tú y yo no podemos escapar del juicio de la cruz, entonces tampoco lo puede hacer el mundo. ¿En realidad lo hemos visto? Esta es la esencia del asunto. Cuando lo comprendo, entonces no procuraré repudiar a un mundo que amo; pues a cambio veo que la cruz ya lo ha hecho. No procuro escapar de un mundo que se aferra a mí, a cambio veo que por medio de la cruz ya he escapado.

Al igual que muchos otros aspectos de la vida cristiana, el camino para la liberación del mundo nos causa sorpresa, pues está en completa oposición con todos nuestros conceptos naturales. El hombre busca solucionar los problemas de éste alejándose físicamente de lo que él considera como zona peligrosa. No obstante, la separación física no produce separación espiritual, y de forma recíproca, el contacto físico con todo cuanto nos rodea, no implica esclavitud espiritual al mundo. La esclavitud espiritual es el fruto de ceguera espiritual y la liberación se produce cuando nuestros ojos son abiertos. No importa cuán íntimo sea nuestro contacto con el mundo exterior, somos liberados de su poder cuando vemos su verdadera naturaleza. El carácter esencial de este mundo es satánico, está en enemistad con Dios y comprender esto significa encontrar liberación.

¿Cuál es tu ocupación? ¿Eres comerciante, médico? No huyas de este llamado o vocación. De manera simple escribe: el comercio y la medicina están bajo sentencia de muerte. Si en verdad haces eso, de ahí en adelante cambiará toda tu vida. En medio de un mundo que está bajo juicio por su hostilidad hacia Dios sabrás lo que es vivir como uno que en verdad le ama y le teme a Él.